

www.elboomeran.com

Cristina Sánchez-Andrade

Las Inviernas



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Cortesía de la Hispanic Society of America,
Nueva York

Primera edición: marzo 2014

© Cristina Sánchez-Andrade, 2014
Publicada por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9774-6
Depósito Legal: B. 2089-2014

Printed in Spain

Reinbook Impres, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

*A mi abuela Isidora,
que nos regaló muchas de estas historias*

Primera parte

Este frío no es tuyo.
Es un frío sin nadie que se dejó olvidado
[no sé quién.

(...)

Silencio. Está pasando la nieve de otro
[cuento entre tus dedos.

OLGA OROZCO,
«Remo contra la noche»

1

Pasaron una mañana como el susurro de un avispón, más rápidas que un instante.

Ellas.

Las Inviernas.

Los hombres doblados sobre la tierra se enderezaron para observar. Las mujeres detuvieron las escobas. Los niños dejaron de jugar: dos mujeres con grandes huesos cansados, como irritados de la vida, atravesaban la plaza del pueblo.

Dos mujeres seguidas de cuatro ovejas y una vaca de andar balanceado que tiraba de un carronato cargado de bártulos.

Al final de un carreiro que zigzagueaba entre nabizales, seguía estando la vieja casa del abuelo –también su casa–, ahora cubierta por las ramas de una higuera.

Murciélagos y búhos se estrellaban haciendo círculos. La hiedra había invadido la casa, y la chimenea, abultada por el follaje, adquiriría las proporciones y la apariencia de una torre ruínosa. La casa tenía una huerta con un limonero y matorrales que albergaban mariposas y crujidos; al fondo corría un río con truchas finas y sabrosas.

Más allá del río nacía la fraga con frondosos árboles. Una vegetación apretada y tupida que se entretejía desde el suelo hasta las copas de los árboles, ceñida por huertos y minúsculos prados de labor.

Llovía, y se metieron dentro.

Ellas y las bestias.

Barrieron el suelo. Arrancaron las telarañas. Colocaron los bártulos que traían. Hicieron una sopa. Menguó la luz y aumentó el frío.

Un olor doméstico y familiar las envolvió; les recordó la dulzura de ciertos días de verano, las comidas en la huerta y la infancia perdida. Pero el olor también les habló de la guerra, de la humedad y de la risa. Ratones. Rabia.

Una se sentó junto a la otra y le dijo:

–Estaremos bien.

La otra contestó:

–Sí.

Y pasaron el rato sorbiendo la sopa, enfrascadas en aquella conversación.

–Estaremos bien.

No era temor. Acaso una sospecha, una rara intuición.

–Estaremos.

2

Fuera de Tierra de Chá, habían llegado a acomodarse a otros climas y costumbres, pero nunca habían dejado de soñar con la casa y la higuera, con los verdes prados bajo la lluvia.

Salvo por la higuera, que había crecido torcida y desparramada sobre el tejado, la casa seguía tal y como la habían dejado antes de huir casi treinta años atrás.

Ahora, sentadas a la mesa de la casa, lo miraban todo con los ojos llenos de lágrimas, mientras se iba enfriando la sopa. Y recordaban.

Entrando, a la izquierda, después del zaguán muy fresco en donde siempre había perros adormilados, estaba la cocina que daba a la huerta, de extraordinaria floración en primavera, con perales y manzanos, un limonero, buganvillas cuyo aroma delicioso llenaba las estancias, hortensias, un palomar sin palomas, la palleira y las eras.

Cuando caían las peras, se sentía el pelotazo desde el fondo de la casa y las gallinas corrían despavoridas.

No había agua corriente en la casa ni cuarto de baño. Como retrete se servían de unos agujeros que daban al establo, cubierto de ramas de tojo para camuflar el olor.

También estaba el sobrado. En el sobrado se guardaban las máquinas de coser, los carretes de hilo, velas, baúles, libros, papeles, ropa de cama y patatas con gruesos brotes malvas.

En el sobrado lloraban los niños y había capones muertos, paraguas con las varillas rotas, telarañas y murciélagos.

Eso lo recordaban muy bien.

Eso, y que las bestias y las personas convivían allí dentro, en la casa. Un amable contubernio, un efluvio enloquecedor y violento cuyo objetivo final era que estuviera más caliente. El establo estaba muy próximo a la cocina, justo debajo de las habitaciones.

Cuando caía la noche, los mugidos y los hombres subían por la escalera.

Alumbrada por la claridad del fuego que lucía en el hogar, la cocina de aquella casa había sido siempre el lugar de reunión de las gentes de Tierra de Chá.

Mientras se deshojaba el maíz, se asaban las castañas o se calcetaban jerséis, se contaban historias insólitas: una loba que entraba en la aldea para llevarse a los recién nacidos; una serpiente que mamaba dulcemente de las ubres de una vaca, o fabulosas historias de unas burras cargadas de alforjas repletas de monedas de oro... (¿te acuerdas?, ¡bien me acuerdo, mujer!).

En la lareira también se hablaba de Cuba. Mucha gente de la aldea había emigrado allí, sobre todo para no tener que ir de quintos a la guerra de Marruecos, y en Cuba había dinero colgando de los árboles, monedas de oro y collares de perlas en lugar de peras o manzanas. En Cuba se comía estofado de loro y colibríes rellenos, y las mujeres andaban en cueros por las calles.

En la cabecera de la lareira solía sentarse don Reinaldo, el abuelo de las Inviernas, uno de los hombres más sa-

bios e influyentes de la aldea, siempre vestido de pana, con espesas barbas teñidas por el tabaco y ojos azules del color del mar. En las noches de invierno insistía en que en la aldea siempre había habido mucho loco. Luego hacía el cuento de aquel que regresó de no sé dónde y decía ser una gallina. Tan trastornado estaba que hasta ponía huevos; la familia le seguía la corriente por no quedarse sin ellos.

Entre las dos Inviernas, que por entonces eran niñas, se sentaba don Manuel, el cura. Bajo, gordo. El cura de Tierra de Chá era un glotón. Andaba siempre con un pie en la misa y otro en la mesa. Era terminar el sermón y ya estaba en la calle. A grandes trancos, arremangándose la sotana para preservarla del estiércol, cruzaba la plaza para ir a almorzar. Mientras la criada le ataba la servilleta al cuello y le servía, emitía gorjeos de alegría. La boca se le hacía agua al ver lo que tenía delante: un buen caldo, con sus correspondientes grelos, cachelos y tocino, chorizo y costillas, luego un par de chuletones o unos huevos fritos con la grasa de cerdo, una bolla de pan y medio litro de vino del país. Y de postre un arroz con leche hecho con mantequilla que le dejaba en el paladar el rastro pegajoso de los besos de su madre. Y que no faltara la copa y el café.

Nadie quería sentarse junto a él porque desprendía cierto olor. No era olor a establo, ni a sudor, ni siquiera a la grasa de la comida: el cura olía a ropa guardada y a cura. Era un olor de color castaño, en todo caso un olor que tenía que ver con las beatas y con la coliflor cocida.

Enfrente se sentaba el señor Tiernoamor, de oficio mecánico dentista, y también tío Rosendo, el maestro de ferrado, y un poco más allá, junto a... ¿cómo se llamaba?, preguntó una Invierna, no me acuerdo, contestó la otra, bueno, ése, el criador de capones, y las mujeres, unas u

otras, muchas, dependiendo del día. Tristán. El criador de capones se llamaba Tristán.

La que no faltaba nunca allí era la viuda de Meis; muslo ancho y pantorrilla escurrida, la sombra de un bigote en el labio superior, como casi todas las mujeres de Tierra de Chá. Le lanzaba miradas seductoras a tío Rosendo, situado en la otra punta, y él correspondía quitándose la gorra y suspirando.

También se sentaba en la lareira la criada de don Reinaldo, de nombre Esperanza, y su hijo Ramonciño.

Ahora recordaban eso, sí; a Ramonciño, de cabeza grande pero de orejas diminutas como cerezas, le gustaba mamar al amor de la lareira, en ese ambiente recogido y tibio por donde siempre flotaba un agradable olorcillo a chorizo y al humo de la raíz del tojo. Después de la siesta (¿te acuerdas?, ¡cómo no me voy a acordar!), corría a un rincón a buscar su taburete y se ovillaba cerca de las mujeres para oír los cuentos.

Tierra de Chá era una aldea tan recóndita, que sus habitantes eran pobres de solemnidad —y mamones, solían añadir los paisanos de los alrededores.

El que era mamón de verdad era Ramonciño. Al primer quejido, su madre se desabotonaba la camisa y lo incrustaba contra sus pechos largos y surcados de venas, con sabor a cuajo agrio. El niño succionaba los pezones, primero uno, luego otro, se llenaba la boca de pecho hasta que la leche se le desbordaba por las comisuras de los labios y chorreaba por el cuello. Sólo de tanto en tanto, cuando el niño le mordía un pezón con los dientes, aquella mujer inmóvil como un peñasco pegaba un pequeño respingo.

Ramón, Ramonciño; todo el mundo sabía quién era la madre y pocos quién era el padre.

Un día entró allí el abuelo de las Inviernas. Al ver al niño, que ya tendría sus seis o siete años, hablaba por los codos y hasta leía el silabario, se llevó las manos a la cabeza. Le dijo a Esperanza:

—Mira que el rapaz ya no tiene edad de mamar, mujer. Tienes que tomar cartas en el asunto.

Pero la criada se encogía de hombros. Decía que si no era teta, el niño no abría la boca. En realidad, era ella y no la pobreza la culpable de que el niño perseverara en el vicio: no quería que su hijo viviera el calvario por el que había tenido que pasar ella.

Su calvario había sido el siguiente: la habían abandonado de muy pequeña; una mujer pobre de nombre Nicolasa la encontró a la puerta de su casa cuando volvía de los baños calientes de Lugo. Estaba muy bien envuelta, metida en una cesta, y traía consigo una botella de vino dulce y filloas recién hechas. La mujer cogió la cesta y mientras se comía las filloas pensó en un nombre para la niña. La bautizó con el nombre de «Esperanza a la Puerta de Nicolasa» y durante años la alimentó con leche de cabra poniéndola a mamar directamente del animal. La cabra se encariñó con la niña y cuando volvía del monte se adelantaba al rebaño, empujaba la puerta con el hocico, buscaba a la niña por la casa, levantaba la pierna y le ofrecía la ubre.

De la niña mamando de la cabra se rieron durante años en la aldea, y cuando Esperanza tuvo uso de razón, se juró a sí misma que lo primero que le daría a su hijo era el pecho («un pecho como Dios manda», solía decir) que nunca le dieron a ella.

Y así fue durante siete años, hasta el día del destete, después de que don Reinaldo le llamara la atención.

Las Inviernas recordaban cómo aquel día había desfilaro por allí toda la aldea para dar su opinión. Vino la se-

ñora Francisca, panadera y madre de ocho criaturas, y dijo:

–Dale caldiño pisado, mujer.

Vino tía Esteba, la que vestía a los muertos, y dijo:

–Te dejará seca.

Vino Gumersinda, la Coja, y dijo señalando con el dedo:

–Lo tendrás enganchado ahí toda la vida.

Vino el señor cura, y dijo:

–Reza, que siempre ayuda.

La madre de la criatura se encogía de hombros. A todos les decía lo mismo:

–Es que si no es teta, el rapaz no abre la boca.

Al cabo de unos días, volvió el abuelo con un cuenco que contenía un unguento que él mismo había preparado con hierbas agrias, cenizas y zumo de limón.

–Mañana te untas los pechos con esto –le ordenó–. Ya verás como el niño no vuelve a mamar en su vida.

A la mañana siguiente, la mujer se untó los pechos con el unguento. Al rato vino el niño con el taburete y se sentó a mamar. Dio tres o cuatro lametadas, pero enseguida se apartó del pezón haciendo ascos.

–¿Y luego..., Ramonciño? –le preguntaron las mujeres con cierta sorna–. ¿Hoy no hay teta?

Mucho más tarde, cuando Esperanza murió y Ramonciño fue Ramón, y se hizo marinero, y se embarcó para desaparecer durante dos años, seguía contestando lo mismo:

–Hoy la teta no se traga.

Todo esto y mucho más lo recordaban mientras volvían a instalarse en la casa.

Las lágrimas en la sopa.

Las Inviernas.

3

Dormían ahora como cuando eran niñas, en una habitación de techos húmedos y desconchados, con una ventana que daba a las eras, con un crucifijo, una foto de Clark Gable y dos camitas de hierro con colchones rellenos de cáscaras de maíz, desparramadas por la cama como saurios prehistóricos, roncando con la boca abierta. Nadie las había molestado desde su llegada. Hasta que un amanecer, alertada por un ruido, una de ellas abrió un ojo de golpe.

–¡Qué fue eso, tú! –le dijo a la otra.

Y permaneció un rato así, con un ojo abierto y el otro cerrado, las manos como zarpas sobre el embozo, quieta y fría como una lagarta fría.

La otra Invierna, que por fin se despertó, se incorporó de inmediato. Sentada sobre la cama aguzó el oído.

–No oigo nada... –dijo.

–Porque aún tienes sueño –contestó la otra.

–Te empeñas en saberlo todo –le rebatió la primera. Extendió un brazo y empezó a palpar sobre la mesilla de noche–. ¿Qué sabrás tú de mi sueño? El sueño es mío, no tuyo. ¿Dónde están mis dientes? ¿Los cogiste tú?

—¡Y para qué iba a querer yo tus asquerosos dientes!

La que acababa de hablar bostezó, y la otra vio hasta el cielo de la boca, roja como las entrañas de un cerdo.

—No sé cómo puedes ser tan desagradable... —dijo la primera. Siguió palpando la mesa hasta encontrar la dentadura. Se la puso en un momento, con un ruido seco: *ploc*. Luego saltó de la cama, sacó de debajo la bacinilla y se alzó el camisón—. Nadie en sus cabales te soportaría —prosiguió mientras se sentaba para desaguar—. Tienes suerte de tenerme.

Cuando terminó, fue su hermana la que ocupó el puesto de la bacinilla.

Una de pie, otra sentada, quedaron escuchando de nuevo.

—¿Y si fuera la Guardia Civil que viene a por nosotras? Un día han de venir... —dijo la que estaba sentada. Se incorporó, se colocó el camisón y volvió a esconder la bacinilla bajo la cama.

—Es la Greta —la tranquilizó la otra—. Está enloquecida por el tábano.

Fue hasta la trampilla que había en el suelo y la alzó: ascendió de sopetón, como la revelación de algo que estaba oculto en ellas, el aroma penetrante y acre del tojo que servía de lecho a las bestias del establo.

Ahí estaba la vaca de raza rubia gallega que en lugar de llamarse Marela, o Teixa, como todas las vacas de Tierra de Chá, se llamaba Greta. Greta Garbo. Al atisbar el trasero incrustado de mugre de la vaca y la cola que iba de un lado a otro para espantar a las moscas, la Invierna suspiró tranquila.

Durante un rato se quedó así, de cuclillas, la cabeza colgando por la trampilla. Escuchaba el crepitar de las quijadas y dirigía a la vaca palabras maternas, no te apu-

res, Gretiña, que estamos aquí, palabras suaves que nunca dirigía a las personas, anestesiada por el aroma penetrante de aquello que la superaba –que las superaba a las dos–, que salía por la puerta y se extendía por la fraga y que seguía, seguía hacia el norte. Una fraga en la que podías pasar días y días sin que nadie te encontrara, como aquella vez que se perdieron ellas. Cerró la trampilla de golpe («es Greta, no es nada más que Greta. Greta y los tábanos»).

–¡Qué tábanos ni qué leches tibias! –le dijo su hermana, poniéndose en pie–. Me refiero a ese crujido de hojas secas. Alguien viene hacia aquí.

En los ojos de la otra brilló la luz de la batalla.

–¡Calla la boca, antroido!

Quedaron escuchando un rato más. Por todas partes, en la cocina, en la salita, por el suelo y por la cama, hasta dentro de los cajones, zumbaban las moscas, tenaces y pesadas. Greta Garbo tenía la ventaja de sus ubres con tetas duras como zanahorias, siempre rebosantes de leche. Pero tenía un temperamento irritable, más parecido al de un asno que al de una vaca, y no había cosa que más la enfureciese que las mocas. Cuando se le pegaban las moscas solía dar coces con las patas traseras, mugir y a veces morder a la gente. Pero ahora la vaca estaba silenciosa.

Sonaron unos golpes en la puerta.

–¡Inviernas!, ¡abrid la puerta, Inviernas!

Presas del miedo (o de la excitación), las dos hermanas se fundieron en un abrazo.

–¿Cómo nos llamaron?, ¿hienas? –susurró una de ellas con la nariz pegada al pecho de la otra.

–Inviernas –dijo la segunda–. Creo que dijeron eso: Inviernas.

–Inviernas... –repitió la primera, pensativa.

–Eso es, Inviernas. Y no me dejes tus mocos pegados a la chaqueta, si haces el favor.

Se echaron a correr escalera abajo. Una de las dos, más rezagada, se abalanzó sobre la otra para interceptarla y pegarle un empujón; la otra intentó agarrarla por el hombro pero no lo consiguió. Cayeron, rodaron por el suelo y se volvieron a poner en pie.

Quedaron frente a la puerta, una por encima de la otra, cuerpo contra cuerpo, sin atreverse a abrir.

Eran muy distintas entre sí, las Inviernas.

La mayor era seca y huesuda, tenía la cara afilada y la nariz aguileña. La dureza de los años vividos había arrasado consigo la ternura, la dulzura de su corazón de niña, la fe en sí misma y en los demás, no dejándole otra cosa que una especie de inercia borreguil con horarios rígidos. Encerrada en su universo particular de revistas, radionovelas y lloriqueos, tenía una sola pasión: una necesidad enfermiza de seguridad y de que la dejaran en paz. Por eso se levantaba, trabajaba y dormía sin pensar en nada más. Así día tras día, lo que ella llamaba su «bonita rutina». A los veinte años, se le echaban cuarenta. Desde los treinta y cinco, ya no representó edad alguna.

En la otra hermana llamaba la atención el pelo azabache ondulado, las formas apretadas, los labios carnosos y sobre todo la mirada; esos ojos verdes con pintas doradas en torno al iris. Su hermana solía alzar la voz y ella callaba; la seguía y se acoplaba a sus horarios, no porque la rutina le gustara especialmente sino porque era lo único que tenía y le aseguraba una vida tranquila, sin sobresaltos ni estridencias. Siempre había sido muy paciente, siendo esa paciencia lo mejor de ella, si no lo más siniestro.

¿Quiénes eran exactamente? No eran niñas. Ni viejas.

Pero tenían ya una edad en que se quiere vivir tranquilo. Tranquilo ¿de qué?

—¿Quién va? —dijeron a un tiempo.

La vaca volvió a mugir en el establo.

4

Desde que habían llegado, las gentes de Tierra de Chá no les quitaban ojo de encima, no hacían más que espiarlas, pero nadie tenía valor para ir a hablarles de tú a tú.

Tío Rosendo, el maestro de ferrado, recordaba que de niñas tardaron mucho en aprender a leer. Nadie supo nunca qué edad tenían por entonces. En la escuela no jugaban con los demás niños. Se quedaban juntas en un rincón, con arañitas y mariposas enganchadas del pelo y ese aire lánguido y distraído, mirándose a los pies como si crecieran plantas o cosas de los pies.

A quien todos recordaban perfectamente era a su abuelo. Para los curas era santero y endemoniado, sabedor de boticas secretas y de plantas que florecen en los jardines subterráneos; para los viejos era arresponsador. Pero para las arresponsadoras no podía serlo. Para unos era peligroso, para otros una bestia del trasmundo, y para los demás no era más que un pobre hombre, mágico pero racionalista. En lo que todos coincidían era en que estaba dotado de una perspicacia finísima, de modo que a la primera mirada podía adivinar lo que le ocurría al enfermo que tenía delante.

Iba de casa en casa recomponiendo huesos, escuchando el murmullo de las entrañas y susurrando poesías para curar el mal de ojo. Además sabía hablar con los animales y ahuyentar a los lobos. Era mencionar a don Reinaldo y flotaba en el aire una admiración sorda y muda, una emoción contenida.

Llegó a tener por ello una buena clientela y en sus últimos días, estaba dedicado por completo al arte curativo. A su casa llegaban enfermos de todas partes: poseídos por el hipo –que él curaba con sustos de muerte–, y por el ansia de comer piedras y tierra, que era un mal corriente en Tierra de Chá.

Todos recordaban aquella vez que entró en su casa una motilona de Villafranca sordomuda que volvió a salir recitando el Evangelio y lanzando besos a la concurrencia.

Don Reinaldo conocía las leyes secretas que rigen las relaciones entre el mundo y el trasmundo, e incluso la ciencia antimalojo, pero hablaba de cosas sencillas e importantes, cotidianas como la naturaleza y la nada, el miedo y la muerte. ¿Era la muerte un descanso? Sí, la muerte era el único, verdadero e inamovible descanso de los hombres. La muerte era la nieve de otro cuento.

Pero lo que mejor sabía hacer don Reinaldo era escuchar. Tenía un don extraordinario para escuchar, una aptitud de confesor que siempre había suscitado la envidia de don Manuel, el cura.

Sentado junto a la cama del doliente, una pierna cruzada sobre la otra, sacaba la petaca, liaba el pitillo y se ponía a fumar.

–Y bien, amigo, hábleme de su riñón –decía.

Se tiraba más de una hora escuchando al enfermo.

El enfermo le contaba sus penas, que casi siempre solía achacar a algún elemento externo: el invierno, la lluvia,

un bichobola, un alimento en mal estado, la mujer o la envidia del vecino.

Después de escuchar atentamente, don Reinaldo decía:

—Eso que te pasa a ti no es por culpa ni de tu mujer, ni de tu vecino, ni del invierno, ni del bichobola. Ni siquiera es culpa de la envidia.

Estaba convencido, y así lo explicaba, de que todas las dolencias tienen origen en uno mismo. La envidia por los éxitos de Fulano, un sueño, los fracasos, un mal pensamiento, un remordimiento o un deseo insatisfecho tienen que ver con algo que le sucedió a uno un día y quedó sin resolver. Con el tiempo, acababa haciendo bola (no bicho) y enquistándose para convertirse en enfermedad.

La vaca volvió a mugir en el establo.

—Somos nosotras —repitieron las mujeres en la puerta—. Las mujeres de la aldea.

Pero nadie sabía qué había sido del abuelo. Según tío Rosendo, el maestro de ferrado, simplemente había enloquecido por culpa de la guerra.

A menudo, mientras charlaba con los otros hombres en la penumbra de la taberna, recordaba sus últimos días, cuando Reinaldo se volvió sencillo y feliz. Un buen día lo notó más delgado. Dos días después deambulaba de un lado a otro con una hilacha de moco colgándole de la nariz. Perdió el humor, dejó de comer, apartaba a las nietas. Llegaba a los sitios sin saber dónde estaba. Decía desconcertado, parando al primero que encontraba: «Me traen los pies pero yo no sé dónde estoy...»

Eso fue antes de que desapareciera para siempre. Y antes de que desaparecieran las Inviernas.

Otros sostenían haberlo visto esfumarse como el viento entre los maizales, por el camino que llevaba a Portugal.

Y que las propias niñas se ocuparon de cavar su tumba.

De todos esos hechos del pasado relacionados con la guerra se hablaba a veces en Tierra de Chá. Fueron tiempos de confusión y de mentira. Un día era blanco y al siguiente negro. Un día los habitantes se levantaban siendo de izquierdas y otro, sin escrúpulo alguno, de derechas. Un día, unos cuantos prohibían que los sacerdotes acompañasen a los difuntos hasta el cementerio y, al día siguiente, esos mismos explicaban con vehemencia a las gentes que si no llovía en Tierra de Chá, o si caían heladas sobre las berzas, era porque ya nadie rezaba y Dios se había incomodado. Y entonces se ponían a rezar.

Lo cierto es que la iglesia cada vez estaba más llena y el cura, don Manuel, encantado.

Ya antes de estallar la guerra, don Manuel había perdido la credibilidad y la confianza entre sus feligreses por diversos motivos.

En primer lugar, a nadie agradaban sus comilonas cuando la mayoría no tenía qué llevarse a la boca.

Con la excusa de que la Iglesia necesitaba dinero para los gastos de vino, hostias y ornamentos, iba por ahí arrastrando un carro que chirriaba como un demonio, cobrando la oblata. Nadie estaba obligado a pagarla pero, así nevase, no había día en que don Manuel dejara de salir con el carro: si no era pan, era un ferrado de maíz, unas patatas, un queso, unas onzas de chocolate o un tarro de miel del país. Siempre conseguía algo.

Y luego estaba aquel tufo acre que desprendía. ¿Es que por ser cura no tenía que lavarse? Era verle por ahí, y la gente cruzaba al otro lado de la calle.

Pero en tiempos de guerra la iglesia se convirtió en lugar de refugio para muchos. Unos iban a pedirle protección a Dios y otros a dejarse ver. Un día la gente, de camino al monte, cantaba algo sobre los curas y los frailes, y la

paliza que les iban a dar. No era lo que se dice una canción, sino palabras que se inventaban sobre la marcha y que se llevaba el viento. Al día siguiente, entonaban cánticos celestiales. Lucían las medallas de santos comidas por el moho que sus mujeres habían encontrado en el fondo de los cajones.

Se comentaba que si ganaba el Frente Popular, los ricos tendrían que repartir su riqueza. Eso les gustaba a los pobres. Pero a partir del comienzo de la guerra no hubo reparto de nada y se impuso la rutina del hambre y del miedo.

En las casas, todo lo que se podía añadir a la masa del pan sin que fuese venenoso se añadía: paja, astillas, ranas y piedras. La aldea se moría de hambre, nadie tenía qué comer y, aun así, todo el mundo arremetía contra el pan y lo duro que podía llegar a ser el pan de cada día. La gente perdió muchos dientes en el intento de masticarlo. Las Inviernas también recordaban la sensación; habían olvidado el rostro de mucha gente, pero recordaban el sabor amargo del pan.

Escaseaban las berzas, los tomates, los repollos. Incluso la cosecha de patatas empezó a menguar. Sólo el tojo seguía creciendo, tenaz y solitario, ajeno a la falta de cuidados o a las carencias de la guerra. De todo eso se hablaba los primeros días de la guerra junto a la lareira de las casas. Mientras se deshojaba el maíz, se hilaba o se hacían jerséis, chisporroteaban noticias y cuentecillos de muy distinto cariz. De eso y de que, al poco tiempo, cogieron preso al señor Tiernoamor, el mecánico dentista, que fue devuelto con una multa de doce mil reales por haberse dedicado a sacar los dientes a los muertos que encontraba por las zanjas. Eso decían, aunque nadie podía creerlo.

A pocas semanas de comenzar la contienda apareció

fusilado un hombre junto al río. Esta muerte también se comentó con rabia y miedo en la lareira. Algunos vecinos que habían votado a favor de las izquierdas en las elecciones ya no salían de la casa.

Al frente les tocó ir a varios mozos de la aldea. Los demás estaban en Brasil o en Cuba, o se habían fugado a Portugal.

Con la guerra dejaron de celebrarse las fiestas y se comenzó a tener miedo de con quién se iba y de lo que se decía en alto.

Las personas que pasaban por los caminos no se reconocían entre sí. Las miradas se sostenían un segundo y, acto seguido, se bajaban. Nadie preguntaba. Nadie comprendía. Nadie sabía si las puertas estaban abiertas o cerradas; si se subía o se bajaba.

Y luego estaba lo de los relojes. Durante la guerra, ningún reloj coincidía en hora en Tierra de Chá. Si en una punta de la aldea daban las seis, en la otra daban las dos y cuarto.

Tío Rosendo, el maestro, fue el que mejor lo pasó. Encontró su propio refugio haciendo que los niños pintaran mapas para estar al día de la contienda, con el límite bien marcado entre la España Nacional y la España Roja. En el encabezamiento de las redacciones dibujaban las flechas, el yugo y la bandera nacional y, a veces, pegaban la foto de ciertos gerifaltes que recortaban de las revistas. Después de la fecha, ponían «Primer año triunfal», «Segundo año Triunfal» o «Año de la victoria».

Los niños no vivían en tensión por la guerra sino por los mapas de tío Rosendo.

Fue entonces cuando se llevaron al abuelo de las Inviernas. Lo retuvieron una semana y lo volvieron a traer a casa. En Tierra de Chá se prohibieron las artes mágicas y

curativas –se argumentaba que eran artes de influjo comunista–, aunque lo cierto es que cada vez ocurrían cosas más extraordinarias y misteriosas en la aldea.

La vaca Greta mugió por tercera vez.

–Abrid. Somos nosotras, las mujeres del pueblo.

Una Invierna abrió la puerta.

–¿Qué es lo que queréis? –dijo.